

EL NACIMIENTO DE LA HISTORIA EN LA ANTIGUA GRECIA: HERÓDOTO Y TUCÍDIDES¹

DOI: 10.24142/unaula.n45a2

LUIS ANTONIO
RESTREPO ARANGO*

* El profesor Luis Antonio Restrepo Arango fue Fundador y Profesor de la Facultad de Sociología de la Universidad Autónoma Latinoamericana, a la que estuvo vinculado a través de sus cátedras y programas de extensión académica. Fue Profesor de la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín.

Cuando nos enfrentamos al pensamiento griego, la única salida para una lectura certera es hacer lo que Marx por un lado, y Nietzsche por otro, habían planteado ya en el siglo XIX: la interpretación contextual, no literal, no metafórica. Una lectura crítica, como la que en nuestra época ha llevado a cabo Gadamer, filósofo e historiador alemán, dedicado a replantear el método hermeneúutico -tan importante para los historiadores-, desarrollado profundamente en su pequeño libro sobre los presocráticos², y, sobre todo, en su gran

¹ Este texto del profesor Luis Antonio Restrepo Arango es una clase que dictó en el curso de Historiografía I el 26 de febrero de 1997 en el programa de Historia, Facultad de Ciencias Humanas y Económi-

obra, *Verdad y método*³. Ahora bien, ¿cómo tratar de ubicarnos en una posición en la que seamos capaces de entender un discurso, sin sacarlo de su contexto lingüístico, social e histórico?, ¿cómo controlar esa reacción, muy humana, de proyectarnos en ese pasado, e identificarlo con el presente? ¿Exactamente eso pasa cuando nos enfrentamos al discurso de quien llamamos “padre de la historia”, Heródoto! La pregunta sería, entonces: ¿cómo leer a Heródoto?

Asunto difícil, pues su obra se presta al juego de la interpretación. Recordemos que, cuando le dijeron a Borges que hiciera una lista de su biblioteca personal para publicar en Europa, puso *Los nueve libros de la historia*. En el prólogo, que le pedían para cada libro de la selección, menciona el entusiasmo que despertó en De Quincey y Coleridge la rica prosa de Heródoto, tan influenciada por la épica de Homero.

Y es que la leyenda está muy presente en el historiador griego, sin embargo, al leerlo con atención, vemos que Heródoto no está inmerso en el mito, no es un hombre mítico, sino un mitógrafo, un estudioso del mito. Se dedica a narrar, a elucubrar sobre mitos de mujeres raptadas, como Elena, y esos mitos se despliegan, se van sumando, hasta que uno como lector se desespera, y se pregunta ¿para qué narra todo esto? ¿Por el simple placer de contarlos? Pues bien, resulta que hay una función moral en ellos, una función “explicativa”, para establecer por qué ocurrieron las cosas; por qué la confrontación entre Persia y Grecia. Heródoto no puede acudir a argumentos modernos, imposibles en ese entonces, argumentos de tipo geopolítico, como los choques entre territorios colonizados en el Cercano Oriente; o los problemas del comercio con el Mediterráneo.

cas, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín.

Transcripción de la grabación: Claudia Ríos; corrección de la transcripción: José Rodrigo Zapata, y Edición: María Luisa Restrepo Arango.

² Gadamer, Hans Georg, *El inicio de la filosofía occidental*, Barcelona, Paidós, 1999.

³ Gadamer, Hans Georg, *Verdad y método*, Salamanca, Sígueme, 1999.

El mito es entonces una herramienta para tratar de explicar aquellos acontecimientos.

Hay otro elemento fundamental en la obra de Heródoto: su discurso está lleno de partículas lingüísticas muy significativas: “me contaron que...”, “dicen que...”, “afirman que...”, “no estoy dispuesto a sostener esto, pero me contaron...”. Se ha dicho, con razón, que Heródoto era un etnógrafo, cuando todavía no existía la etnología. Aún hoy se explora su obra para entender las sociedades que se nos perdieron para siempre, como la escita; o para profundizar en sociedades como la egipcia, de la que podemos tener un conocimiento más directo gracias a Champollion, que en el siglo XVIII descifró la escritura jeroglífica.

El viaje de Heródoto a Escitia narra ese mundo nómada que amenazaba a los griegos en el noreste, hasta las estepas rusas, con sus guerreros ecuestres, expertos arqueros temidos en el campo de batalla. Y el viaje a Egipto, por su parte, cuenta ese otro mundo que los asombraba por su grandeza. Por eso crearon aquel mito de que no se era nadie si no se estudiaba en Egipto. Los griegos se sentían aplastados por esa cultura tan basta y antigua, no podían entender, por ejemplo, que La Gran Esfinge de Guiza estuviera envejecida cuando ellos aún vivían en los bosques; y tenían razón, porque hoy sabemos que aquella tenía ya más de dos mil años en tiempos de Heródoto, pero los griegos tenían una cronología del mundo que no les permitía entender esa dimensión temporal. Algo parecido le sucedió a Newton en el siglo XVIII, cuando leyó un libro sobre Egipto, tomado de fuentes griegas, claro, porque en ese entonces no se habían descifrado los jeroglíficos. Newton encuentra que la cronología egipcia se le va, según sus cálculos, cinco, seis y siete mil años; y como tiene la idea cristiana de que el mundo fue creado mil quinientos años antes de Cristo, rechaza la concepción de los sacerdotes egipcios, le parece imposible, irreal, puesto que no coincide con la palabra de Dios, con

lo que se afirma en la Biblia. ¡El gran Newton es incapaz de sobrepasar la fe, de cuestionar la verdad absoluta!

Volviendo a los viajes de Heródoto, llama la atención la manera detallada como describe aquellas tierras lejanas, sus ríos, costas, mares y montañas. No es un asunto menor, pues debemos recordar que la historia se desprendió de la geografía, que floreció primero, porque los griegos la necesitaban más, por ser un pueblo comerciante, navegante y colonizador.

A primera vista, pues, *Los nueve libros de la historia*, se presentan como una obra descarrilada, por su enlazamiento de temáticas geográficas y mitográficas, de observaciones de viaje, descripciones de usos y costumbres de culturas ajenas a los griegos, pero, mirada en su conjunto, se observa que el propósito de Heródoto es explicar el triunfo griego frente al imperio persa (recordemos que escribió después de las guerras médicas). Su obra es, en realidad, una reflexión de tipo político, que exalta los valores de la cultura griega, particularmente el papel de la democracia ateniense sobre el despotismo oriental, y el papel del ciudadano guerrero. En el fondo, Heródoto quiere demostrar que un pueblo pequeño pudo vencer al imperio persa porque estaba formado por ciudadanos libres, que iban a la muerte voluntariamente, con gusto, para defender sus ideales; a diferencia de aquella masa de esclavos persas, obedientes a su amo supremo, el gran rey, pero sin la pasión interior de un valor supremo.

Es necesario, pues, hacer un ejercicio mental para leer un autor de otra época, para leerlo históricamente; y entender, entre otras cosas, que tenemos una forma de hacer historia muy de nuestro tiempo; que lo único que tenemos en común con Heródoto, es que el historiador relata, a pesar de los intentos de los años sesenta de construir un modelo puramente estructural, que no funcionó.

El asunto resulta más complejo cuando nos enfrentamos a la “modernidad” del segundo gran historiador griego: Tucídides, muy crítico de Heródoto. Su perspectiva de la historia está fuertemente influenciada por los sofistas, a tal punto que uno cree estar leyendo a un hombre de nuestra época. Su discurso es refinado, sin esas digresiones encantadoras de Heródoto, que Tucídides llamaba “la gran conversación”, la charlatanería de su antecesor.

Tucídides lleva la Historia en una dirección en la que solo importan las luchas políticas, las guerras. Aquella tesis de que la política se configura en la guerra, y la guerra en la política, es central en su obra, no se la inventó Clausewitz, aunque la formalizó.

*La Guerra del Peloponeso*⁴, la gran obra de Tucídides sobre las guerras médicas de la Liga Espartana y de la Liga Ateniense durante la época de Pericles, es, pues, la exégesis del proceso histórico en que se enmarca la estructura del texto, excluyendo al máximo todo aquello que no sea estrictamente político-militar. Es cierto que tuvo que ceder en algunos aspectos, como hacer un recuento del pasado de Grecia, y lo hace con incomodidad, tratando de salir rápidamente de él, para concentrarse en lo que está ocurriendo en la *Guerra del Peloponeso*. Sin embargo, plantea reflexiones arqueológicas sobre el pasado poblacional y físico de Atenas; observaciones sobre ruinas y cementerios, sumamente interesantes para esa época, pues se distancia del mecanismo propio del mito, que engrandece el pasado fabuloso, para mostrar que Atenas era más pequeña, con menos extensión, menos población y edificios, con cementerios y tiendas que ya no eran como las que veían sus contemporáneos. Tucídides hace una incursión, muy celebrada por los historiadores posteriores, para mostrar que el armamento fundamental de los atenienses era sobre todo el de

⁴ Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso*, Barcelona, Orbis, 1986.

combatientes a caballo, a diferencia de los espartanos, combatientes de tierra, que la fabulación legendaria había imaginado como más grandes e imponentes, pero, en realidad, eran más pequeños y menos gobernables. Tucídides, en cierto modo, asume una posición implícita, nunca literal, sobre un progreso en el desarrollo del armamento naval, de acuerdo con el crecimiento de la polis ateniense.

La obra contiene también un pasaje que vira hacia otro eje, más allá del político-militar. Se trata del capítulo referido a la peste de Atenas, durante el cerco de la ciudad por parte de los espartanos, que es también el marco del relato, junto con la figura del gran líder ateniense, Pericles, y su muerte. Se trata, pues, de un pasaje admirable, importantísimo en la historia de las ciencias, leído por investigadores contemporáneos de la peste, y objeto de análisis médicos muy profundos, para establecer qué tipo de peste fue. Pareciera que se trató de la bubónica, sin embargo, investigaciones más recientes hablan de un tipo muy virulento de sarampión, desconocido en esa región.

Tucídides analiza la peste por fuera de aspectos mágico-religiosos, la piensa, más bien, en términos de un sistema causal, es decir, cuáles fueron las causas de la peste, cuales las formas de contagio, observando que unas personas se contagiaban por vestir las ropas de los muertos; otras por manipular cadáveres contaminados; y algunas, incluso, se contagiaban sin entrar en contacto directo. Entonces, Tucídides recurre a la explicación de los miasmas, porque en ese entonces no se tenía conocimiento de los microbios, que entran en escena apenas en los siglos XVIII y XIX. Los miasmas eran una especie de efluvios malignos que contagiaban a las personas por el aire, llevando al gran historiador griego a plantear una relación entre el hacinamiento de la población dentro de la ciudad amurallada, y la virulencia terrible y mortífera de la peste.

Cuando se lee este capítulo, sin un conocimiento por lo menos aceptable de la historia griega, se pueden exagerar los elogios, y conside-

rar dicho análisis una cosa extraordinaria, propia del genio de Tucídides. Pero un genio es producto de su época, y la Grecia clásica contaba con una elaboración intelectual muy profunda; pensemos en los presocráticos, que contribuyeron al desarrollo de las matemáticas y, particularmente, de la geometría. También la medicina había alcanzado un nivel muy alto, fundada en la observación, sobre la pregunta causal. Tucídides era producto de esa cultura, es decir, de esa época en la que floreció la sofística, muy mal interpretada cuando se mira únicamente desde la crítica platónica.

Platón fue enemigo acérrimo de los sofistas, dejando plasmados elementos críticos muy negativos, que tendrían gran influencia a lo largo de la historia, pero, a principios del siglo XX, cuando se retoma el estudio de los sofistas desde otra perspectiva, entendemos su importancia. Es necesario ubicarlos en la historia de la cultura griega, en su estructura social y política, porque se trata de una filosofía propia de una sociedad democrática (dentro de los cánones antiguos), que no trata de demostrar sino de convencer. Ciertamente es un relativismo muy fuerte, que alcanza a veces grados tan altos que se confunde con un escepticismo radical, pero es una filosofía muy propia de esa polis democrática, y conllevaba también elementos críticos. Se trataba de utilizar el discurso, la retórica, como una fuerza actuante que se convirtiera en un poder, en términos de eticidad. Platón, en cambio, decía: no, no se trata de convencer, se trata de demostrar; lo otro es el camino de la opinión, de la consolidación del error. De todas maneras, ese relativismo sofista influirá profundamente en el pensamiento de la época, y, en conjunto con otros elementos culturales, permitirá la aparición de algo que podríamos llamar, “protorracionalismo griego”, y Tucídides es uno de sus máximos representantes.

Por ello, en *La Guerra del Peloponeso* no busca explicaciones en el mundo trascendental, en el mito, sino que trata de explicar los propósi-

tos humanos (según su criterio de naturaleza humana), en términos de una especie de pasión humana por el poder y la expansión, que llevan a la guerra. Dejando por fuera, eso sí, todo lo que tiene que ver con el aspecto económico, porque cuando trata de explicar el choque de Esparta y Atenas, las dos grandes confederaciones, no piensa en lo que para la investigación histórica de hoy sería evidente, es decir, el control de la producción, del oro, y todos los aspectos sociopolíticos que sirven al enfrentamiento de un modelo aristocrático con uno democrático.

Por esto, uno vuelve al capítulo sobre la peste de Atenas, y entiende que es un hombre muy genial, pero es de su época, un hombre culto de su época, para ser más exactos, y como tal, posee herramientas para interpretar algunos problemas que, muchos siglos después, en otro tipo de sociedad, no eran ni siquiera pensables, como en la Europa tardomedieval, en el siglo XIV, cuando se desata la peste negra. Llegan de Oriente los barcos del Mediterráneo, y traen las ratas cuyas pulgas, sabemos hoy, transmiten la peste. La peste bubónica se apodera de todo el sur y centro de Europa, y hay una mortandad que es imposible de establecer exactamente, pues no existían métodos homogéneos para contar la población, pero en algunas regiones, las más desarrolladas, como las de Italia del Norte, sí existían instrumentos para contar la población, y se puede saber, por ejemplo, que Florencia perdió la mitad de su población. Hay documentos que muestran que poblaciones pequeñas desaparecieron por completo, mientras algunas fueron afectadas en una cuarta parte. En este momento predomina la tesis de que globalmente Europa perdió un poco más de la mitad de su población.

A pesar de lo devastador del fenómeno, en ese mundo cristiano medieval no hay manera de que se haga un análisis como el de Tucídides. Se piensa, más bien, en términos religiosos: castigo divino o posesión

maléfica. Carlo Ginzburg, historiador italiano contemporáneo, tiene un capítulo muy brillante sobre todo este drama, en su libro *Historia nocturna*⁵. También se atribuyó la peste al envenenamiento de fuentes de agua por parte de leprosos o judíos. Esto generó grandes masacres en Europa. Es la época de los relatos terroríficos sobre bandas de leprosos que van por los bosques, con las campanas atadas al cuello, avisando su presencia. La gente huye por miedo al contagio, y los leprosos son aislados en los leprosarios. Los judíos también sufrirán el aislamiento, la persecución y la masacre. La situación fue tan dramática, que el mismo papado sacó una bula, con todo su poder espiritual, diciendo que no eran los leprosos, ni los judíos, ni los poseídos, los que estaban produciendo la peste, sino una conjunción astrológica, porque el Papa solo tiene estos argumentos de peso para la época, entonces, frente a la falsa causalidad del envenenamiento, saca una causa impersonal, de tipo astrológico: la conjunción de planetas.

Pero no nos engañemos, en Grecia no todo el mundo podía hacer un análisis como el de Tucídides. Si leemos al amigo de Nietzsche, Erwin Rohde, en su libro *Psique*⁶, veremos cómo los griegos del común interpretaban las enfermedades en términos de superstición, de lo imaginario: alguien la producía, no algo. Un padre y una madre griegos, que veían morir a su niño, escuchaban a los médicos hipocráticos decir que debían controlar la fiebre con paños de agua; que debían despejar la habitación, para airearla, y esperar que la lucha entre la muerte y la vida decidiera; nada muy consolador, porque esa medicina tampoco tenía muchas posibilidades de acción. Los padres, entonces, acudirían a todo tipo

⁵ Ginzburg, Carlo, *Historia nocturna*, Barcelona, Muchnik Editores S. A, 1991.

⁶ Rohde, Erwin, *Psique. La idea del alma y la inmortalidad entre los griegos*, México, F.C, E., 1994.

de rogativas, de peregrinaciones, y buscarían al culpable: el mal de ojo, por ejemplo. También en Grecia les ponían a los niños amuletos, como los que se encuentran en África, o en Colombia, o en cualquier parte del mundo.

La diferencia con el mundo medieval era que, en Grecia, existía una élite erudita, que poseía elementos para pensar distinto, como Tucídides. En el siglo XIV, en cambio, solo algunos médicos conocían las obras griegas, y pensaban la enfermedad en términos de una entidad desconocida, patológica, que se transmitía por la visión, por eso se tapaban con máscaras para evitar ser mirados por los agonizantes.

Volviendo a *La Guerra del Peloponeso*, hay que decir que es una obra profundamente impactante, una mina inmensa, no solamente de conocimientos sobre la política griega, sino también sobre los mecanismos del pensamiento y el discurso. ¿Cuántas lecturas se pueden hacer entonces de Tucídides? Porque el historiador también debe enfrentarse a las sucesivas interpretaciones que los discursos del pasado han hecho de otros discursos. No se trata de decir simplemente es falso o verdadero, se trata de entender, por ejemplo, que Tucídides fue leído por Maquiavelo, y Maquiavelo por Marx, y por Nietzsche.

Tucídides había pensado en el papel de la violencia en la historia, y Nietzsche se va a detener en ese aspecto ¿Hasta qué punto influyó para la formulación de su teoría de la voluntad de poder? ¿Directamente, o a través de la lectura de Maquiavelo, en quien ya hay un esbozo muy claro de la voluntad de dominio, de la voluntad de poder? Para Marx también fue muy importante Maquiavelo, pero, para él no va a ser la voluntad de dominio de los grandes hombres lo que modela la historia, sino los procesos económicos, las luchas de clases; para él la historia es producto de procesos objetivos, donde el individuo es simplemente un agente de esos procesos.

De esta manera, estamos siempre en un pulular de interpretaciones, por eso debemos hacer un esfuerzo muy grande, para poner orden hermenéutico a ese pasado que se nos viene encima. Siguiendo al historiador francés Fernand Braudel, nos movemos en las prisiones mentales de larga duración, esas que nos llevan a seguir mirando el mundo griego continuamente, sin perder de vista las diferencias con ese mundo, claro, pero entendiendo que también procedemos de esas obras que han ejercido influencia en el pensamiento occidental a lo largo del tiempo.

La Guerra del Peloponeso es, pues, un texto muy corto, pero de un rigor absoluto en términos del relato histórico político-militar. Sin embargo, cuando el mundo antiguo se derrumba, se derrumba también el discurso histórico. Hay una degradación de la cultura griega, que es progresiva. En el aspecto matemático va a seguir produciendo, pero la medicina no alcanzará el nivel de las primeras escuelas hipocráticas, ni siquiera con Galeno. La literatura, condensada fundamentalmente en la tragedia, representada en Esquilo. Sófocles y Eurípides se alimenta del marco social de la polis ateniense. Una vez terminada esa polis, desvirtuados los ideales democráticos (nunca alcanzados, pero, más o menos logrados en algunos aspectos), la comedia tendrá una caída estrepitosa y desaparecerá la gran tragedia los trágicos posteriores serán secundarios. Gregorovius, gran historiador alemán del siglo XIX, autor del libro *Roma y Atenas en la Edad Media*⁷, dice una cosa que a mí me consuela mucho: “son aterradoramente aburridoras esas tragedias”. Les cuento a ustedes para evitarles la molestia de leerlas.

Aparecerán una serie de historiadores prestantes, de los cuales se han conservado fragmentos, en los que se evidencia el modelo de Tu-

⁷ Gregorovius, Ferdinand, *Roma y Atenas en la Edad Media y otros ensayos*, México, F. C. E., 2001.

Luis Antonio Restrepo Arango

cídides como único camino posible e insuperable para hacer historia, pero son epígonos, usando la palabra griega, es decir, quienes siguen a un modelo del pasado. No encontraremos nada que pueda compararse con esa obra maestra que es *La Guerra del Peloponeso*.